

Apuntes de la síntesis de Julián Carrón
en el Centro nacional de los universitarios de Comunión y Liberación

Milán, 24 de febrero de 2018

Después de lo que hemos escuchado esta mañana podemos ver más claramente en nuestra experiencia cuál es la gran alternativa ante la que nos hallamos cada uno: por usar las palabras de uno de vosotros, la alternativa es muy simple, es la que existe entre lo «ya sabido» y «el mendigo», entre lo «ya sabido» y la pobreza. Lo hemos expresado otras veces en otros términos mediante la comparación entre la posición de Kant y la del Innominado de Manzoni. De hecho, la alternativa que vemos en nuestra experiencia es la misma que atraviesa el gran debate cultural. No es solo una cuestión que afecte a un grupo de jóvenes reunidos en un determinado lugar de Milán: no, es el meollo del gran debate cultural a escala global. ¿Cuál es la posición de Kant a la que me refiero? Aunque reconoce que si el Evangelio no nos hubiese traído un cierto modo de concebir al hombre y de vivir, nosotros nunca habríamos podido descubrirlo y alcanzarlo, Kant piensa: una vez que ya nos lo traído el Evangelio, podemos mantenerlo solos, con la fuerza de nuestra razón y de nuestra voluntad. También nosotros podríamos pensar lo mismo del acontecimiento que nos ha conquistado y nos ha atraído: «Ahora ya nos lo sabemos y podemos gestionarlo». En cambio, en todo el recorrido que hemos hecho hoy vemos que el gran desafío es educarnos en una pobreza, en el reconocimiento de que lo que hemos recibido no podemos generarlo nosotros, no «nos lo sabemos ya», sino que necesitamos que suceda ahora, que se nos vuelva a dar ahora. Sin esta pobreza lo perdemos todo y nos bloqueamos a cada paso del camino.

Como decía uno de vosotros, desde el comienzo de cada día uno puede estar con pobreza, con disponibilidad ante la vorágine de la vida que hay dentro de cada uno de nosotros, o bien puede ignorarla. De hecho, existe una vorágine, una exigencia en nosotros, esa que Flaubert describía con gran intensidad por boca de Madame Bovary, que desenmascara todas las mentiras y nos deja, incluso después de nuestras aparentes conquistas, con «un bostezo de aburrimiento» (*Madame Bovary*, Mondadori, Milán 2001, p. 312). En cambio, cuando esta vorágine encuentra respuesta y es tomada en serio, sucede lo que decía el canto: «Dormiré queriendo despertarme».

Como hemos visto, todo depende de nuestra disponibilidad, de la pobreza de dejarnos provocar por lo que sucede: esa vorágine al comienzo del día, y también –vosotros mismos habéis hecho la lista– las elecciones, los exámenes, el gesto de la Escuela de comunidad, la vida de las comunidades. Nosotros no sabemos de qué modo somos

llevados a ver la victoria sobre ese «bostezo de aburrimiento» del que habla Flaubert. No lo sabemos de antemano. Lo decimos nosotros, que somos cristianos: ¡imaginad los demás! Cada uno de los que estamos aquí debería decir: «Caminaba en la oscuridad –como la mayoría– y de repente me ha sucedido algo que lo ha cambiado todo». Pero en un momento dado podemos pensar: «Ya nos lo sabemos». En cambio, si partimos de los hechos, es decir, si nos dejamos desafiar constantemente por lo que sucede –« hay más realidades en el cielo y en la tierra que en nuestra filosofía» (cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, acto I, escena V)–, entonces empieza un camino, un recorrido en el que nunca terminamos de descubrir un horizonte que es cada vez más apasionante. En esta época de racionalismo, en esta sociedad líquida en donde no existen raíces, en donde todos estamos descolocados, precisamente aquí, suceden las cosas que hemos escuchado describir esta mañana; no en el Medievo, en un mundo más homogéneo, no; lo que hemos escuchado testimoniar esta mañana sucede en esta sociedad líquida nuestra. Por tanto, «no nos falta ningún don de gracia» (cf. 1Cor 1,6-7) para poder hacer un camino si estamos dispuestos a seguir el designio de Otro, que nos llama una y otra vez a través de las circunstancias, a través de esta realidad aparentemente banal que son las circunstancias. Y entonces empezamos nosotros mismos a asombrarnos de lo que sucede, empezamos a alcanzar una certeza que nos permite estar en pie delante de todo: hasta las dudas, que aparentemente son lo que más podría minar esta certeza, lo que más podría golpear el corazón de esta certeza, se vuelven una ocasión, un recurso para descubrir todavía más qué es lo que vence cualquier duda, lo que responde a cualquier pregunta.

Alguien podría pensar, mirándose a sí mismo o a los demás que están con él: «Pero, ¿cómo es posible? ¿Estamos aquí y crecen las dudas?». En cambio, que alguien tenga dudas puede aportarte algo a ti, porque te obliga a preguntarte: «¿Cómo puedo responder yo a estas dudas?». No puedes responder haciendo sin más un discurso sobre la duda o sobre la certeza, esto nunca podrá ser suficiente. ¿Cómo responde el Misterio a las dudas? Haciendo suceder ante tus ojos algo que te corresponde, que te atrae y que te hace estar cierto. Si alguna vez te entrara la duda de si tu madre te quiere, ¿dónde podrías encontrar una respuesta a esta duda? Únicamente en tu experiencia, y estarías por ello más atento a ver si en lo que hace tu madre encuentras una respuesta a tu pregunta. De hecho, no se puede responder a las dudas con una teoría o con una explicación, sino con los hechos. Es preciso identificar en la realidad los hechos que responden a las dudas. Entonces las dudas de los demás, al igual que las vuestras –porque a veces las dudas de los demás son las nuestras– os hacen estar mucho más atentos a la vida de la comunidad, os hacen percibir cosas que antes habíais ignorado, os ponen en acción. No importa que uno no haya considerado antes

ciertos hechos: la cuestión es que uno, cuando el Señor le concede el don de darse cuenta de ello, cuando lo rodea de amigos que le ayudan a mirar, esté disponible para seguir este don, para reconocerlo. Entonces se sorprenderá diciendo: «¡Pero qué gracia tan grande que haya sucedido esto!», y así empezará a responder a las dudas.

No somos unos visionarios que se esfuerzan en ver lo positivo, en responder a las dudas montándose una película, no: hay cosas que suceden en la realidad y que podemos reconocer en las que encuentran respuesta nuestras preguntas y nuestras dudas. En caso contrario, seríamos como las madres que dicen a sus hijos que sus dibujos son preciosos para no desanimarlos, aunque sean un garabato. Así también nosotros, para no desanimarnos, podríamos terminar diciendo cosas que no se corresponden con la realidad, que no resisten la verificación de la realidad. Por eso incluso las preguntas y las dudas forman parte del camino, porque te obligan a no caminar en modo automático diciendo: «¡Muy bien, estupendo!». Cuando te entra una duda, cuando tienes una pregunta, esto hace que dejes de caminar en modo automático, te obliga a responder con los hechos, pues si no es así no permaneces aquí. Menos mal que surge alguna pregunta, menos mal que nos entra alguna duda de vez en cuando, porque tenemos que empezar a decir «yo»; no podemos adherirnos solo de forma sentimental, piadosa o devota, o decirnos las cosas solo porque seamos católicos.

Todo esto es vertiginoso y liberador. La forma que tiene el Misterio de responder a nuestra pregunta no es un conjunto de verdades de las que, en un momento dado, podemos decir: «Ya las tengo, ya tengo el paquete completo, lo he aprendido en la catequesis, ahora ya tengo la respuesta a todas las preguntas». No, la forma con la que el Misterio sigue cumpliendo y transmitiendo la verdad –como decíamos en la Jornada de apertura de curso y como estamos viendo también en la Escuela de comunidad, con el texto de *Por qué la Iglesia*– es un acontecimiento, una realidad irreductible a nuestros proyectos y a nuestras capacidades, un designio que no es el nuestro; por usar la expresión de von Balthasar que citaba en la apertura de curso, es el continuo darse del Hijo a través del Padre por la salvación del mundo. Este es el designio de Dios, como vemos continuamente en los Evangelios. Pongo un ejemplo entre los muchos posibles. Cuando Jesús pregunta a los suyos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», Pedro responde: «Tú eres el mesías, el Hijo de Dios». Jesús «celebra» estas palabras y lo elogia como no había hecho con nadie: «Bienaventurado tú, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (cf. Mt 16,15-17). Un instante después, Pedro cree que «ya se lo sabe», y con lo que ya cree saber, cuando Jesús les dice: «Vamos a Jerusalén», reacciona: «¿Cómo, a Jerusalén?». En nombre de lo ya sabido Pedro sienta a Jesús en el banquillo de los imputados: «¡No es

posible! ¡Es una locura!». Y Jesús le dice las palabras más duras que ha dirigido nunca a nadie: «¡Aléjate de mí, Satanás!» (cf. Mt 16,21-23). ¡Diez minutos después! En nombre de lo ya sabido nosotros imponemos al Misterio cómo debería ser, cómo debería actuar.

Solo si estamos disponibles para seguir el designio de Otro, que nos llama través de las distintas circunstancias, empezaremos de verdad a tener respuestas a través de los hechos y a darnos cuenta de que Su designio es más inteligente de lo que nosotros ya creíamos saber. Es necesario aprender esa pobreza que hace que estemos disponibles para seguir el designio de Otro, designio que todavía no conocemos y que solo aprendemos siguiéndolo. A través de ese designio Él responde a todas nuestras preguntas, a todas nuestras dudas. Entonces podremos ver de verdad qué es lo que cambia en nuestra vida. Nos lo ha mostrado el ejemplo de la amiga que ha intervenido antes: ya había decidido cerrar la puerta, rendirse ante ciertas dificultades, pero el Misterio ha abierto de nuevo una brecha en ella de un modo imprevisto y absolutamente lleno de ternura: una amistad, una preferencia. ¡Es impresionante! Frente a la amistad con alguien, a la preferencia que Dios ha hecho surgir en su corazón por un amigo –algo que nos parecería casi insignificante–, en lugar de bloquearse en un: «¡Bah, ya me lo sé!», se deja tocar, secunda la forma a través de la cual el Misterio la llama, y entonces sorprende en ella un cambio: ya no puede volver a la ciudad en la que estudia sin ponerse frente a la realidad con una actitud completamente distinta. Su «sí» a algo que nadie habría podido prever o saber, que no aparece en los periódicos, que no figura en la historia oficial, que ella no se confiesa ni siquiera a sí misma, un «sí» sencillo, en lo profundo del corazón, tiene una relevancia grande para ella y para el mundo. ¿Quién fue testigo del «sí» de la Virgen? ¡Nadie! Pero por todo lo que se produjo después, por el resultado impresionante e imprevisto que brotó de él, nosotros hemos podido palparlo. Sin aquel «sí» no estaríamos aquí.

Todo se desarrolla en este recinto sagrado del diálogo entre cada uno de nosotros, entre la intimidad más profunda de cada uno de nosotros y el Misterio, que nos llama en la forma que Él elige y que nosotros no conocemos. Cuando uno lo acepta empieza a encontrar respuestas a sus preguntas, a sus dudas, a su situación, y puede estar delante de la comunidad y de todo lo que sucede. Cristo no nos responde con una explicación. A nuestra amiga no le ha dado una definición. Cristo sigue haciendo lo que ha hecho siempre: llama a través de algo que hace surgir en el encuentro con otro. Y esto tiene un poder mayor para responder a nuestras dudas y a nuestras preguntas que cualquier explicación. Cuando uno hace experiencia de esta respuesta, entiende los momentos y la riqueza de la historia a la que pertenecemos, que es la Iglesia. Un padre de la Iglesia llamado Orígenes decía que el cristianismo tiene –por usar la

palabra— una «lógica» más potente que la dialéctica griega, una capacidad de convicción mayor que cualquier explicación (cf. Orígenes, *Contra Celsum*, 1,2). «Pero ¿qué hay más potente que una explicación?», podríamos preguntarnos. Ahora lo podemos entender por lo que hemos visto esta mañana: los hechos o, como dice Orígenes citando a san Pablo, «el argumento ‘del espíritu y de la fuerza’», es decir, el cumplimiento de las profecías y los milagros. «Una cosa —objetaba Lessing— son los milagros que veo con mis propios ojos y tengo ocasión de comprobar por mí mismo, y otra cosa son los milagros de los que solo por la historia sé que otras personas dicen haber visto y comprobado. [...] Si hubiera vivido yo en tiempos de Cristo [...], si le hubiera visto yo haciendo milagros [...] habría llegado a tener luego en ese hombre excepcional, milagroso, una confianza tal que a gusto doblé mi inteligencia a la suya y lo creyera en todo cuanto no estuviera contrarrestado por experiencias indudables». Si no hemos sido testigos de los milagros de Jesús, ¿cómo podemos llegar a reconocerlo?

Y añadía el Lessing moderno: «Si viera yo ahora cumplirse indiscutiblemente profecías relativas a Cristo o a la religión cristiana [...], ¿quién podría impedir que me sometiera a esa prueba en espíritu y fuerza, como la llama el Apóstol?» (G.E. Lessing, *Sobre la demostración en espíritu y fuerza*, en Id. *Escritos filosóficos y teológicos*, Editora Nacional, Madrid 1982, pp. 445-446). Si uno no ve los milagros no puede tener la misma posibilidad de encontrar respuesta que quien los ve. Lessing tiene razón: él reconoce en el fondo que el argumento de Orígenes, al principio del cristianismo, sirve también para la modernidad, igual que sirve para nosotros. Lo que diferencia a Orígenes de Lessing es que Lessing sostiene que no ve estas cosas en el presente, que no ve los hechos. Por eso Orígenes afirma que el mejor argumento de la fe cristiana no son solo los milagros que hizo Jesús, sino los milagros que siguen sucediendo entre aquellos que viven según el Verbo de la vida. Lo que convence, lo que responde a nuestras preguntas, a nuestras dudas, son los hechos, es decir, es el milagro del cambio que vemos suceder en nosotros y en nuestros amigos: y cuando sucede en nosotros también los demás se interesan, se asombran de lo que vivimos. Esta es nuestra contribución al mundo.

Por ello, a la observación de uno de vosotros que decía que incluso frente a las cosas más bonitas que le suceden es como si le faltase algo y no llegase a aferrarlas hasta el fondo, respondo que falta algo porque los hechos de los que hablamos tienen dentro de sí un punto de fuga, por usar las palabras de don Giussani. La revelación no elimina el Misterio, lo hace más profundo. Los discípulos habían trabajado toda la noche y no habían pescado nada. Llega Jesús y les dice: «Echad las redes por el otro lado». «¡Pero hemos bregado toda la noche y no hemos recogido nada!». Como si dijeran: los

expertos somos nosotros, ¡pero si tú lo dices...! Estaban habituados a un punto de fuga, porque habían tenido ya suficiente experiencia de Él. Tenían delante a alguien a quien no podían encerrar en lo «ya sabido»: era de todo menos algo ya sabido. «Si tú lo dices, nos abriremos incluso a esa posibilidad». De este modo, frente al milagro de esa pesca increíble, Pedro se pone de rodillas y dice: «Apártate de mí que soy un hombre pecador» (cf. Lc 5,4-8). Pero este hecho no había eliminado el Misterio; más aún, Pedro se hallaba delante de alguien que lo hacía todavía más evidente: «Pero ¿quién es este?». La cuestión es que ahora –por lo que hemos visto esta mañana y que habéis testimoniado– yo me pregunto: «¿Quién es este?» delante de alguien real, de un hombre que no puedo «meterme en el bolsillo» diciendo: «Ahora lo he comprendido». Me supera por todas partes. Este es el signo de que estamos delante de Otro, no de algo que podamos encerrar en nuestra medida. Si no faltase nada, si no tuviese nada que descubrir mañana no valdría la pena levantarse. En cambio: «Dormiré queriendo despertarme», para seguir la búsqueda.

Solo si uno ve continuamente las cosas que han sido testimoniadas esta mañana podrá responder al desafío más grande, que es el que decía la persona que ha intervenido al final. De hecho, podemos ver todo lo que hemos visto esta mañana, podemos hablar de la pobreza, podemos dormir con el deseo de despertarnos y preguntar, pero todo esto puede quedar eclipsado por el hecho de que «mi fragilidad es demasiado grande». Tenemos la tentación de un último pretexto: «No soy capaz de decir un ‘sí’». Y aquí surge el gran desafío que –como podéis ver– no se resuelve con una explicación. ¿Cómo desafía Jesús a los discípulos? Cuando todos lo abandonan y se quedan solo los doce, Jesús, en vez de hacer algún milagro más para convencerlos, agudiza la cuestión con una pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6,67). No les dice algo abstracto, sino que los provoca en lo más profundo de su yo. De hecho, ¿qué hace con esa pregunta? Los obliga –y esta es una decisión de los discípulos y de cada uno de nosotros– a mirar la tentación que tienen de irse, la tentación de ceder a su fragilidad, de decir que no. Los obliga con una pregunta, porque para responder a ella tienen que mirar atrás, tienen que volver a todo lo que han visto. Solo cuando vuelve a pasar ante sus ojos la experiencia que han vivido, pueden decir: «Pero, ¿a quién iremos?» (cf. Jn 6,68). No se quedan ahí sentimentalmente, sin reflexionar, no. La pregunta que Jesús les dirige, la pregunta que surge en nosotros, como hemos visto hoy, es crucial para una adhesión llena de razones, para decir un «sí» razonable. No queremos que haya aquí nadie que diga un «sí» sin razones. Y las razones son los hechos a través de los cuales el Misterio responde a nuestras preguntas.

Entonces, nos damos cuenta de que el problema, como decía don Giussani, no es nuestra actuación. Cuando le objetaban: «Se ve que el Gius ama a Jesús y yo, sin

embargo, no lo amo del mismo modo», él replicaba: «¿Por qué contraponéis lo que vosotros no tenéis a lo que yo tengo? ¿Qué es lo que suponéis que tengo yo? Yo tengo simplemente este *sí*» (L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 222). En el fondo, nosotros queremos algo que nos ahorre el «sí», esperamos algo en lo que no tengamos necesidad de decir que sí. ¡Pero no existe, no sería humano! Cristo no quiere que ninguno esté aquí solo por formalismo, quiere que sea libre, como le decía yo a un taxista que se escandalizaba por el hecho de la libertad. «Pero usted, por no correr el riesgo de que su mujer le sea infiel, ¿preferiría una actitud mecánica, o preferiría que su mujer lo quisiese libremente?». Y él: «Preferiría que fuese libre». Todas las objeciones quedan eliminadas. «Me gustaría que mi mujer me amase libremente». Fue suficiente que le preguntara: «Pero ¿cree usted que Dios tiene un gusto distinto del suyo? Habría podido generar personas que no fuesen frágiles, personas sin libertad, personas sin dudas. ¿Qué le habría costado? Había hecho el cielo, la tierra, los pájaros, los peces, habría podido crear otros seres distintos del hombre. Pero prefirió crear al hombre, un ser que lo amase libremente».

No se puede eliminar este espacio de la libertad. Por ello, cada uno de nosotros está llamado a este «sí». Solo en la medida en que crezca una historia de hechos que alimenten la certeza de la pasión de Cristo por nosotros, podremos decirle un sí «de antemano», como observaba uno de vosotros, un sí previo a cualquier otra cosa, porque ya estamos llenos de certeza. Aunque todavía no vea lo que va a suceder, solo a través de este sí me mostrará la historia cómo me responde Cristo. Solo quien acepte esperar podrá ver la respuesta.

Y esto hace que la vida sea fascinante. Entonces según crecemos, paradójicamente, en lugar de convertirnos en fans de lo «ya sabido», nos volvemos cada vez más fans del deseo de ser pobres. Cuanto más se dé cuenta uno de lo que Cristo obra en su vida, tanto más le sucederá como al Innominado, que es un emblema para cada uno de nosotros: el Innominado tenía fragilidades para dar y tomar, como todos nosotros, pero ninguna fragilidad podía justificar no ceder a un amor tan impresionante como el que recibió a través del abrazo del cardenal. Así, cuando el cardenal le dice: «Volveréis, ¿no es cierto?», responde inmediatamente: «¿Que si volveré? [...] Aun cuando vos me rechazarais, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo» (A. Manzoni, *Los novios*, cap. XXIII). En esto consiste la madurez de la fe: en generar un pobre como este, cada vez más obstinadamente mendigo por la conciencia que tiene de que solo la Presencia que ha sucedido en su vida, y lo que recibe de ella, puede llevarlo a la plenitud que todos deseamos, puede responder a la vorágine que somos. Se trata de un camino solo para audaces, si me permitís usar esta expresión.